



CATÁLOGO DE LO PROHIBIDO (Arnedo)

Para los de mi generación no hubo nada fácil. Éramos niños de posguerra. Nacimos con media familia enterrada y la otra media muerta de miedo. Había mucha hambre y poca comida. Demasiada poca.

Mis padres me mandaron con unos tíos que no tenían hijos. Lejos.

Lloré al separarme de mis cuatro hermanos. Yo era el mediano, pequeño para trabajar y grande para que me cuidaran. Donde fui no pasé hambre. En verano volvía a mi casa un mes con la maleta llena de ropa para todos. También cecina y botillo, desconocidos en mi pueblo. Era el mejor mes del año. En los ojos de mis hermanos nunca brilló la envidia. En los de mis padres se mezclaban la culpa y el orgullo. No me pidieron perdón. A lo mejor no lo necesité. ¿O quizá sí? Es ahora, al final de mi vida, cuando entiendo las cosas.

Gracias a esta drástica resolución, crecí física e intelectualmente. Me costó medio siglo comprender que, si me hubiera quedado, habría corrido peligro no solo mi propia existencia sino la de los demás. Ya había fallecido un bebé al que mi madre no pudo darle pecho porque no tenía leche. En mi casa no hubiera podido elegir. La decisión venía impuesta de antemano.

En el mes que pasaba con mi familia enseñaba a leer a mis hermanos pequeños y a mi madre. Por la noche les contaba mi vida en la otra casa a la luz de una vela. Lo que hacía allí. Lo que veía desde el tren. Siempre era el mismo recorrido: Calahorra, Miranda de Ebro, Burgos, Venta de Baños, Palencia. Finalmente alcanzaba León, mi destino. Eran viajes largos, a menudo me dormía encima del macuto. Cuando llegaba, ya de noche oscura, me esperaba mi tío con la carreta y el caballo. Dos largas horas más tarde aparecía ante nosotros la casona.

La primera vez me acompañaron mis tíos, después siempre hice el trayecto solo. Pagar tres pasajes no estaba al alcance de cualquiera.

En León, nunca faltó comida, y por eso estiré mucho más que mis hermanos. No faltaban pan y huevos, verduras y legumbres. De vez en cuando, conejo o bacalao y, los días de fiesta, cordero. Ellos me querían, yo también, aunque de diferente manera que a los que se quedaron atrás. Sin embargo,

después de cumplir los quince hube de dejarlos. Creí sentir la llamada o quizá solo fuera una manera fácil de seguir buceando entre libros.

En el seminario se rezaba mucho, pero también se hacía deporte. Corríamos, nadábamos cuando se podía y la mayor parte de las veces dábamos grandes paseos por el monte para admirar la belleza de lo que “Dios había creado”. Era una sensación de bienestar absoluto ascender aquellas laderas empinadas, llegar a la cumbre y ver todo con la respiración entrecortada y las mejillas sonrosadas.

La primera vez que vi a Trinidad tenía un libro entre las manos. No sé si fue eso lo que me gustó o sus uñas igual de mordidas que las mías. Tenía el pelo corto.

Me habían avisado que mi padre estaba enfermo. Dejé el seminario y volví. León, Palencia, Venta de Baños, Burgos, Miranda de Ebro, Calahorra. Finalmente, mi pueblo. Era primavera. Parecía nevado. Un aroma intenso a flor de almendro acompañó a mi padre en su viaje definitivo. Aquella vez sería la última en la que ayudé a decir misa y dar la comunión.

Es posible que mi memoria haya olvidado aquellas oraciones en latín que se decían al oficiar. A ella no podré olvidarla nunca.

Trinidad era hermana de mi cuñada, la mujer de mi hermano mayor. Acababa de regresar a casa porque había estado presa.

—Curita, ¿no sabrás idiomas, por casualidad? Tengo aquí un libro de esos que no se pueden leer y me gustaría hacerlo, pero está en francés.

No sé si me sorprendió más su valentía al comentarme aquello sin tapujos o que me preguntara por libros. Nadie de mi entorno familiar leía.

Aquellos quince días extras que pasé con mi familia solo bastaron para una cosa. No volvería al seminario. Solo quería leer y comentar los libros con Trinidad. Le traduje “La peste” de Albert Camus y me dijo que podría conseguir más. Todo en tono confidencial. Emoción y culpa a partes iguales. El peligro de ser descubiertos. El riesgo de revelar a los enlaces. El miedo, la cárcel... Y por encima, el querer más. El dulce aguijón de lo ilegal.

Volví a la casona con mis tíos. Tenía un desasosiego continuo. No me sentía a gusto ni aquí ni allí. Solo era yo mismo con un libro en las manos. Estuviera donde estuviera. Por aquel entonces mi atención estaba en los censurados. Muchas veces editados en México y Argentina, otras veces la versión original una vez traducida contrastaba con la nacional, llena de tijeretazos.

Ella se vino poco después. No sé si estaba enamorada de mí. Yo sentía por ella una profunda admiración. Enseñarme aquel mundo, hasta entonces inexistente, había bastado para ponerla en un altar.

Trinidad había tenido un novio, pero se lo habían matado. No se había vuelto a enamorar. Ella indagaba. Yo no tenía secretos. Nunca había besado a una chica ni mucho menos otras cosas. Solo de pensarlo me azoraba.

Nos hicimos con un ciclostil. Yo traducía del francés y ella, mediante extraños vericuetos, colocaba todo. Se lo quitaban de las manos.

Aquella euforia, extrañamente, salió bien. Sin embargo, la gente del vecindario comenzó a hablar. Siempre la gente. No hablaban de los libros, no. Aquello ni se les pasaba por la imaginación. Murmuraban que pasábamos mucho tiempo juntos; que no estaba bien; que nos daban las tantas todas las noches. Las mentes, febriles, se imaginarían interminables orgías. Nosotros comentábamos textos, traducíamos. Aprendimos inglés, alemán y mejoramos el francés.

Decidimos casarnos, más que nada por los tíos. Ninguno de los dos tendría que abandonar la casa donde estaba la imprenta y donde nos instalamos. De cara al público, éramos intelectuales. En la librería teníamos misales y libros permitidos por el Régimen. En la trastienda, nuestro vasto catálogo despertaba las envidias de cuantos llegaban allí.

Ella quedó en estado en una de las pocas ocasiones en las que consumamos la unión. Había que probar si valíamos como matrimonio además de como amigos. Sin embargo, yo no me encendía con la misma pasión que ella. Se reía conmigo y me abrazaba. Ya vendría la persona correcta y el momento adecuado, decía. No se equivocó.

El inesperado embarazo nos llenó de ilusión. Modificó todos nuestros planes de pasar a Francia. Decidimos que iría yo solo, ella se quedaría en la tienda y mi tía la ayudaría si se presentaba el parto.

En aquel viaje conocí a Héctor. Acudía por los mismos motivos que yo pero desde su Zaragoza natal. Fino bigote y pelo engominado hacia atrás. Hubiera pasado por actor si no hubiera sido delatado por unas gafas grandes de pasta negra que le conferían un aspecto de lo que en realidad era, un verdadero ratón de biblioteca.

Me vi inmerso en una vorágine de besos más prohibidos que los libros. Mis labios no se cansaban de chupar su piel. Le buscaba recónditas oquedades donde enterrar mi saliva y extendimos el tiempo que tuvimos todo cuanto se pudo. Encontré la pasión, sin buscarla. Simplemente, apareció.

Tras muchas discusiones con Héctor, decidí regresar. Mi mujer, a los ojos de todos, estaba esperando un hijo. Un niño que yo deseaba y que no tenía culpa de que su padre hubiera encontrado el amor en ese instante. Tarde.

Pensamos que lo mejor era que Héctor se quedase en Zaragoza y viniera de visita. Mantener las apariencias para estar juntos. Aceptó.

No le oculté mi aventura a Trinidad. Antes que marido y mujer éramos amigos. Decidimos seguir igual, como hasta entonces.

Nació Jaime, un hermoso bebé que nos llenó de dicha a todos. Meses después llegó Héctor. Yo había descrito cómo era, lo que me hacía sentir, la profundidad no solo de sus ojos sino de sus pensamientos. Trinidad lo miró. Sus ojos se entornaron. Era como si lo conociera. Suspiró y su corazón dio un vuelco. Enamorada.

Parecía que competíamos por su amor. Trinidad dormía con el bebé en un cuarto y Héctor conmigo en otro. En primavera tuve que ir a la casona de los tíos a recoger unos papeles. Cuando volví, los encontré juntos en la cama. Desnudos. Poco tiempo después, Trinidad volvía a estar embarazada.

Nada volvió a ser como antes. Héctor decía que a él no le iban las mujeres, pero que se sentía atraído por la mente rápida y despierta de Trinidad. Le entendí, a mí me pasaba lo mismo. Ella, sin embargo, sufría. No ser

correspondida por la persona que amaba era difícil de soportar, teniéndola al lado y sin embargo tan lejos. Podría disfrutar su cuerpo, como aquella vez, pero nunca tendría nada más. Aquello no la dejaba vivir. Y simplemente se dejó ir.

Trinidad falleció poco después de nacer Esperanza.

Volví al pueblo a enterrarla en un coche fúnebre. No pasamos por Palencia, ni por Venta de Baños, pero sí por Burgos, Santo Domingo de la Calzada, Logroño, Calahorra, el pueblo. Todo en poco más de seis horas.

Héctor se quedó con los niños y los tíos, que no tenían cuerpo ni ánimo para acompañarme.

Hice todo el camino en silencio, me sentía culpable. Culpable de su muerte, culpable de querer a Héctor y de que este fuera un hombre. Todo en contra de la naturaleza, de la de todos menos de la nuestra. A mí me salía el quererlo a él. A él le salía quererme a mí. Con lo fácil que hubiera sido amarla a ella, pero uno no manda en su corazón. El corazón dicta un camino y solo queda recorrerlo con mayor o menor acierto.

Enterramos a Trinidad un frío día de invierno. Mis indignas lágrimas se negaron a aparecer. Ni los abrazos de los míos me hicieron entrar en calor. Necesitaba estar solo. Pensar.

Al día siguiente ascendí a la cumbre nevada del monte apenas hubo amanecido y allí, a grito limpio le pedí perdón. De rodillas, mis cobardes lágrimas asomaron y lloré. Por ella y por mis hijos, que nunca llegarían a conocer la gran persona que había sido su madre. Lloré porque un día conoces el amor y al siguiente un profundo dolor lacera tu vientre impidiéndote respirar.

Regresé. Héctor y yo discutíamos por los niños. Jaime era hijo mío y Esperanza era suya. A efectos legales yo tenía las de ganar. Trinidad había estado casada conmigo y los hijos nacidos en el matrimonio eran del marido y de la mujer. Acepté que pasaran cada año medio verano con él como amigo de la familia que era. Nosotros dejamos de vernos. Yo era viudo y él soltero. Los niños me llamaban a mí, Papá y a Héctor, Tío. No hubo más preguntas.

Ahora veo muchas formas de mejorar aquella situación de haber intentado otras opciones. Nos obcecamos en la que creímos única. No era fácil y menos

en aquel momento. Pensamos pasar a Francia. Héctor no quería esconder su amor. Yo prefería que no saliera a la luz. Todavía había represalias. Todavía no era bien visto. Todavía.

Decidimos separarnos. Todo lo que supe de él posteriormente fue por los niños. Decían que fumaba mucho, que estaba demacrado, amargado, pero que con ellos siempre se portaba bien. Les enseñaba libros, les contaba historias y les hacía pensar. Jaime y Esperanza guardan esos veranos como oro en paño en sus memorias.

Años después, en los ochenta, recibí carta de Héctor. Estaba enfermo, aquel año no vería a los chicos. Llevaba ingresado en el hospital con una grave neumonía varias semanas y no tenía buen pronóstico. Me acerqué a verle. Me impresionaron sus huesudas manos, las heridas en su piel, su color amarillento. Hablamos. Me dejaba su colección de libros prohibidos por la censura franquista. Le gustaría que se hiciera algo con ellos ya que fueron el origen de nuestro amor. Una lágrima rodó por mi mejilla.

—Héctor, siempre has sido el amor de mi vida. Sin embargo, nada nos salió bien. No supimos aprovechar lo que teníamos y nos echamos en cara demasiadas cosas. Demasiados errores —le cogí la mano, llorábamos sin hacer ruido. Nuestras miradas decían lo que durante años no habíamos pronunciado ninguno—. No sé si algún día se podrá; pero si se pudiera, me gustaría casarme contigo.

Nos fundimos en un interminable abrazo y besé sus labios resecos. El amor seguía presente. Días después salió del hospital. Me lo llevé a casa, hablamos con los chicos y entendieron. Unas semanas más tarde fallecía en mis brazos.

Hoy, junto a Jaime y Esperanza, se ha inaugurado una exposición itinerante que recorrerá el país con el título de *“Los libros censurados en el franquismo. Legado de Héctor Vallejo Ferrer, Trinidad Morales Arteaga y Basilio Blanco Casas”*. Es tres de julio de 2005 y desde hoy en España es legal el matrimonio entre personas del mismo sexo.